



Robert L. Stevenson

El diablo embotellado

ILUSTRACIONES DE RAÚL ALLÉN

ANAYA

*El presente relato es traducción directa e íntegra del original
inglés publicado en 1893 e incluido en la obra Island Nights' Entertainments.*

Título original: *The Bottle Imp*

© De la ilustración: Raúl Allén, 2013
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2013
Traducción: María Eugenia Santidrián
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Primera edición, abril 2013

ISBN: 978-84-678-4029-2
Depósito legal: M-6133/2013
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la
Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*,
publicada en el año 2010.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta
obra está protegido por la Ley, que establece
penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios,
para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren
o comunicaren públicamente, en todo o en parte,
una obra literaria, artística o científica, o su transformación,
interpretación o ejecución artística fijada en cualquier
tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio,
sin la preceptiva autorización.*

Robert L. Stevenson

El diablo embotellado

ILUSTRACIONES DE
RAÚL ALLÉN



TRADUCCIÓN DE
MARÍA EUGENIA SANTIDRIÁN

ANAYA

NOTA: Cualquier estudioso del drama inglés de principios de siglo —ese producto tan acentuadamente aliterario— reconocerá aquí el título y la idea matriz de una pieza antaño popularizada por el temible O. Smith. Aunque la idea matriz es la misma, confío en haber hecho algo nuevo de ella; además, el que se trate de una historia pergeñada para un público polinesio quizá le preste algún interés adicional más cerca de casa.

R. L. S.

HABÍA UN HOMBRE en la isla de Hawái, al que llamaré Keawe, porque la verdad es que vive todavía y su nombre debe permanecer en secreto; pero su lugar de nacimiento no estaba lejos de Honaunau, donde los huesos de Keawe el Grande yacen escondidos en una cueva. Aquel hombre era pobre, valiente y activo; era capaz de leer y escribir tan bien como un maestro de escuela; además, era un marinero de primera categoría, que había navegado durante algún tiempo en los vapores de la isla y pilotado un ballenero en la costa de Hamakua. Finalmente, a Keawe se le ocurrió ver el gran mundo y las ciudades extranjeras y se embarcó rumbo a San Francisco.

San Francisco es una hermosa ciudad, con un magnífico puerto e innumerables personas ricas; concretamente, existe en la ciudad una colina repleta de palacios. Un día, Keawe se paseaba por la colina con los bolsillos llenos de dinero, recreándose en la contemplación de las elegantes casas existentes a ambos lados de la calle. «¡Qué casas tan bonitas! —iba pensando—. ¡Y qué felices deben de ser las personas que las habitan, que no necesitan preocuparse por el maña-

na!»). La idea seguía rondándole en la cabeza, cuando llegó frente a una casa más pequeña que las otras, pero muy bien acabada y tan bonita como un juguete; sus escalinatas brillaban como la plata, las orillas del jardín florecían como guirnaldas y los cristales de las ventanas centelleaban como diamantes. Keawe se detuvo para admirar las excelencias de todo aquello. Al pararse, se dio cuenta de que un hombre lo observaba tras los cristales de una ventana, tan transparentes, que Keawe lo veía como se ve un pez en una cala junto a los arrecifes. Era un hombre de edad, calvo y con barba negra; en sus facciones llevaba impresas las huellas del pesar y suspiraba amargamente. Lo cierto es que, mientras Keawe contemplaba al hombre y el hombre observaba a Keawe, cada uno de ellos envidiaba al otro.

De repente, el hombre sonrió y saludó con la cabeza, haciendo señas a Keawe para que entrara, y salió a recibirlo a la puerta de la casa.

—Es muy hermosa mi casa —dijo el hombre, suspirando amargamente—. ¿No le gustaría ver las habitaciones?

Y así fue como condujo a Keawe por todos los aposentos, desde el sótano hasta la azotea; no había nada en ella que no fuera perfecto en su estilo, y Keawe quedó fascinado.

—Esta casa —dijo Keawe— es realmente muy hermosa. Si yo viviera en una parecida, me sentiría alegre todo el día. ¿Cómo es posible, entonces, que no haga más que suspirar?



—No existe razón alguna —dijo el hombre— para que no tenga usted una casa igual que esta, y aun mejor si lo desea. Supongo que tendrá algún dinero.

—Tengo cincuenta dólares —dijo Keawe—, pero una casa como esta debe de costar más de cincuenta dólares.

El hombre hizo un cálculo.

—Siento que no tenga más —dijo—. Eso podría traerle problemas en el futuro, pero será suya por cincuenta dólares.

—¿La casa? —preguntó Keawe.

—No, la casa no —replicó el hombre—, pero sí la botella. Porque debo decirle que, aunque yo le parezca una persona muy rica y afortunada, lo cierto es que todos mis bienes, y esta casa misma y su jardín, proceden de una botella de poco más de una pinta de capacidad. Aquí está.

Abrió un mueble cerrado con llave y sacó una botella ventruda con el cuello muy largo; el cristal era de un color blanco lechoso, y tenía los cambiantes tonos del arco iris. En su interior había algo que se movía confusamente, algo así como una sombra y una llama.

—Esta es la botella —dijo el hombre; y, cuando Keawe se echó a reír, añadió—: ¿No me cree? Haga usted mismo la prueba. Intente romperla.

De manera que Keawe cogió la botella y la estrelló varias veces contra el suelo hasta que se hartó, porque rebotaba como una pelota y no se rompía.

—Es bastante extraño —dijo Keawe— porque, a juzgar por su aspecto y tacto, se diría que la botella es de cristal.

—Por supuesto que es de cristal —replicó el hombre suspirando más hondamente que nunca—, pero su cristal ha sido templado en las llamas del infierno. En su interior vive un diablo, y la sombra que vemos moverse es la suya; al menos eso creo yo. La persona que compre esta botella tendrá al diablo a su disposición; todo lo que esa persona desee: amor, fama, dinero, casas como esta e incluso una ciudad como San Francisco, todo, absolutamente todo, será suyo con solo pedirlo. Napoleón fue dueño de esta botella, y gracias a ella llegó a ser el rey del mundo; pero la vendió al final, y esa fue la causa de su fracaso. El capitán Cook también la tuvo, y por ella descubrió muchas islas; pero también él la vendió, y por eso lo asesinaron en Hawái. Porque, una vez vendida la botella, desaparecen el poder y la protección; y, a no ser que un hombre esté contento con lo que tiene, acaba por sucederle alguna desgracia.

—Y sin embargo ¿habla usted de venderla? —dijo Keawe.

—Tengo todo lo que quiero y voy ya para viejo —replicó el hombre—. Hay una cosa que el diablo no puede hacer: prolongar la vida; y no sería honrado ocultarle a usted que la botella tiene un inconveniente: si un hombre muere antes de venderla, arderá para siempre en el infierno.

La persona que compre esta botella tendrá al diablo a su disposición; todo lo que esa persona desee: amor, fama, dinero, casas como esta e incluso una ciudad como San Francisco, todo, absolutamente todo, será suyo con solo pedirlo. Napoleón fue dueño de esta botella, y gracias a ella llegó a ser el rey del mundo; pero la vendió al final, y esa fue la causa de su fracaso. Porque, una vez vendida la botella, desaparecen el poder y la protección.

1541125



ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com